



Rocca, Pablo. "El desafío de los comienzos *Hispanamérica* en un cruce de caminos".
Estudios de Teoría Literaria. Revista digital: artes, letras y humanidades, septiembre de 2018, vol. 7, n° 14, pp. 5-12.

El desafío de los comienzos *Hispanamérica* en un cruce de caminos

The challenge of beginnings. *Hispanamérica* at a crossroads

Pablo Rocca¹

Recibido: 02/08/2018
Aceptado: 10/08/2018
Publicado: 11/09/2018

Resumen

Cuando en julio de 1972 aparece el primer número de la revista *Hispanamérica* los debates en América Latina pasan por un momento delicado. Luego del fervor de los años sesenta, en que era corriente creer que el modelo cubano –político, social, cultural– podía adaptarse a las diferentes realidades locales, los acontecimientos derivados del llamado “caso Padilla”, en 1971, quebraron la unidad de un frente de izquierda intelectual. Ya no había un eje, La Habana, y a la par que crecía la demanda del mercado por literatura narrativa, sobre todo, se intensificaba la crisis colocando en el horizonte inmediato una gran ola represiva que terminaría con las esperanzas y hasta con las vidas de muchos. En ese contexto, *Hispanamérica* replantea en un espacio editorial excéntrico el examen de la literatura latinoamericana, sobre todo de la zona sur, y hasta promueve algunos balances y discusiones fundamentales. De dos casos se ocupa principalmente este artículo: la visión y los dilemas de Ángel Rama y de Julio Cortázar.

Palabras clave

Literatura; política; debates; *Hispanamérica*.

Abstract

When in July 1972 appeared the first number of *Hispanamérica*, debates in Latin America went through a delicate moment. After the fervor of the sixties, in which it was believed that the Cuban model – political, social and cultural– could adapt this to different local realities. In this moment, the events derived from the "Padilla case", in 1971, broke the unity of a front of intellectual left. There was no longer an axis, Havana. At the same time the demand of the market for narrative literature grew, especially, the crisis intensified placing on the immediate horizon a great repressive wave that would end with the hopes and even with the lives of many people. In this context, *Hispanamérica* rethinks in an eccentric space the examination of Latin American literature, especially in the south, and even promotes some fundamental balances and discussions. In two cases, this article deals mainly with the vision and dilemmas of Ángel Rama and Julio Cortázar.

Keywords

Literature; politics; debates; *Hispanamérica*.

¹ Doctor en Letras, FFLCH, Universidad de São Paulo. Profesor Titular de Literatura Uruguaya en la FHCE, Universidad de la República (Uruguay). Fundó en 1999 y dirigió hasta 2016 el archivo literario de tal institución. Investigador Nivel II (ANII). Enseñó en varias Universidades de Argentina, Brasil y México. Traductor del portugués de varios autores. Entre sus libros: *35 años en Marcha (Crítica y literatura en el semanario Marcha y en Uruguay)*, 1991 [re-ed. corregida en 2015]; *Ángel Rama, Emir Rodríguez Monegal y el Brasil: Dos caras de un proyecto latinoamericano*, 2006; *Las revistas culturales del Río de la Plata (1942-1964)* (2009, I y 2012, II). Contacto: pabloroccapesc@gmail.com



I

A fines de 1961 en el semanario *Marcha*, que empezaba a ser un espacio de referencia más allá del Río de la Plata, Ángel Rama estaba seguro de que América Latina se “niega a continuar en su estado semicolonial, sometida al provecho extranjero y a la retórica huera, y quiere ser independiente, auténtica, justa, parte al fin de un nuevo mundo mejor”. Para cumplir ese destino –creía– el artista tenía una responsabilidad por estar provisto del “sutil don para registrar en su tarea concreta de creador la orientación más profunda del fenómeno civilizador” (“Nuestra América”: 1). No hacía falta enunciar propósitos redentores, que rozaban una petición de reflejo, como las de este crítico arrebatado por el fenómeno cubano, pero la Revolución había transformado la idea que hasta entonces se tenía de América Latina. Para los pocos que habían confiado en ese “*destino sudamericano*”, como le hace decir Borges a su recreado Laprida en el “Poema conjetural”, este había sido una indeseada imagen de la destrucción y la violencia, un simple espejismo ideológico o una lejana expectativa. Cuba catalizó múltiples soluciones que venían dándose en forma aislada y terminó por construir, como obligación moral, la condición de una *identidad latinoamericana*.

Tras ese futuro de apariencia venturosa advenían las demandas del *tercer mundo*, del que se hablaba cada día más, que repercutieron en la búsqueda de nuevas obras y antiguos modelos vigentes. La gran contradicción se planteaba entre arte revolucionario y revolución en el arte (*Literatura en la revolución...* 1969). Era difícil escapar al par antinómico realismo y literatura fantástica en la narrativa o al dilema entre una poesía social y *comunicante* y otra que esquivaba la fuerza del referente, que parecía gobernarlo todo. Esas desavenencias, que eran ideológicas en el más amplio sentido del concepto, se traducían esquemáticamente en choques generacionales. En rigor, durante la primera mitad de los años sesenta las tensiones entre jóvenes y viejos se hicieron insostenibles. Un nuevo orden lo barría todo y a este podían sumarse quienes venían de atrás si sabían salvarse. Limitémonos a algunos casos rioplatenses. El 2 de marzo de 1962, Rama candidateó a Ezequiel Martínez Estrada como paradigma del hombre ya maduro que supo saltar al primer plano de la vida en contraposición a “figuras de su generación –los Borges, los Mallea, los Ocampo– [...] gustosamente [acomodados] en la escayola de sus propias y convencionales estatuas”, partícipes de la política liberal y anticomunista de los Estados Unidos (“Cuba: cultura y revolución”: 30). Hablaba sobre todo de conductas cívicas que, por entonces, concebía hasta cierto punto indiferenciadas de las estéticas. En contraste, el 31 de enero del año anterior Rodríguez Monegal había escrito que *Sur* era “un foco de cultura occidental que iluminaba el mundo de la cultura hispanoamericana” (Rodríguez Monegal 1962).

Para el tercerismo latinoamericano –una política que quería volverse estética– Cuba misma ofrecería una tensión múltiple: a una marca nacionalista de fronteras estatales, que por su condición isleña era algo incuestionable, agregaba una tónica latinoamericana socialista que se vio afectada desde su aproximación al modelo soviético. Este último giro, primero en el camino de otras dificultades más profundas, paralizó a un sector esperanzado en el modelo cubano. El caso extremo podría ser el de Carlos Real de Azúa, quien a comienzos de la década empezó a escribir un vasto manuscrito, *Tercera Posición, Nacionalismo Revolucionario y Tercer Mundo*, que archivó cuando Fidel Castro hizo pública su profesión de fe marxista-leninista, al punto que nunca quiso publicarlo (Real de Azúa 1996-7).

Es historia sabida que, aquí, se sintetiza (y mezcla) para uso de interpretación propia. Guevara apareció como figura-eje de la liberación antimperialista más que Castro. Su muerte prematura y violenta el 8 de octubre de 1967 pautó el fin de una era y el comienzo de realineamientos más crudos en la izquierda. Las diferentes modalidades de la crisis siguieron azotando a América Latina, los acontecimientos de Vietnam y las políticas intervencionistas de los Estados Unidos atizaron las resistencias y los sectores conservadores redoblaron sus

enconos, prosperaron las guerrillas por todas partes, aunque en algunos puntos comenzaron a languidecer como consecuencia de la eficacia instrumental de su represión, como por sus errores y dificultades logísticas. Mal momento para hacer una revista “ecuanime” dedicada a las letras latinoamericanas. Peor si tenía sede en París, financiamiento de la Fundación Ford y el Congreso por la Libertad de la Cultura y, tras bambalinas –como denunció la izquierda desde el principio–, de la CIA (Mudrovic 1997). Con una frecuencia mensual, desde julio de 1966, *Mundo Nuevo* salió bajo la dirección de Rodríguez Monegal hasta el número 25 (julio de 1968), cuando se retiró algo enigmáticamente. La revista estará destinada a recibir ataques desde todos los puntos de la línea cercana a Cuba, para empezar desde *Casa de las Américas*. Y, sin embargo, en esta etapa se vivió la edad de oro del consumo de literatura escrita en América, sobre todo narrativa, ya que la radicalidad de los jóvenes latinoamericanos (y de varios españoles) terminó auspiciando un gran movimiento que supuso la multiplicación de casas editoriales pequeñas y de otras que crecieron y prosperaron con grandes ganancias.

Historia, literatura y crítica literaria se entrecruzan. Esta última se va transformando en un discurso más poliédrico que en la década del sesenta, y comienza a trasvasarse de la vida cultural (los periódicos, las revistas, las peñas, los foros) al más recoleto ámbito de la Universidad, que trataba de *aggiornarse*. Sobreviven muchas revistas en que prevalece el modelo más literario (como *Nuevos Aires*, 1970-1973), pero, aunque gravite la ficción y la poesía, ya no tendrán tanta fuerza como en las décadas anteriores. Algunas darán un paso más dentro la tradición periodística, como –para quedarnos en Buenos Aires– la experiencia de *Crisis* (1973-1976), con una mirada de izquierda peronista y revolucionaria, dando cobijo a textos literarios junto a los discursos de las ciencias sociales y la cultura popular (Sonderéguer 2008). La mayor parte se olvidarán de la narrativa, la poesía y el teatro para sumergirse por completo en las agitadas aguas de la polémica (Prieslei 2015; Badenes 2017).

En cambio, ninguna revista académica editada en Estados Unidos se ocupaba de la escritura contemporánea, que tantas dificultades ofrecía para ese entorno, y menos publicaba ficción, como lo demuestra la aún activa *Revista Iberoamericana* (1940), patrocinada por la Universidad de Pittsburgh. *Hispanamérica* fue uno de los primeros experimentos –y, en el presente, uno de los pocos– que trató de equilibrar los dos pesos y las dos medidas. Aumentó la dosis de tratamiento formal para los textos críticos a favor de lo contemporáneo o lo moderno, como era habitual en las revistas literarias y el periodismo de los años pasados; reservó –hasta hoy– un espacio para ficción y poesía que, sin sustraerse al debate político, si acaso pudo injertarlo en los textos mismos: “Intentamos estudiar la literatura desde su propia problemática en un contexto cultural que no excluye el compromiso del escritor”, escribió Saúl Sosnowski en el escueto pórtico del primer número de 1972 (4). Con el paso de los números, esta pequeña revista-libro empezó a aparecer por los kioscos y librerías de la calle Corrientes (Sosnowski 1999). Se codeó con otras publicaciones que abarrotaban los escaparates y, cada vez más, se alejaban de lo que, a falta de mejor denominación, llamaríamos lo *específico* literario (o sea, la concentración en las formas) en provecho de las ciencias sociales y la literatura de combate. Y así temas y autores rioplatenses dominaron con firme atención por el “boom” literario ya algo agotado, junto a la emergencia de un puñado de autores jóvenes. Además del enorme esfuerzo que se concentró en una persona, que desde entonces hizo de la revista una de sus más preciadas obras, podía andar sobre una tensa cuerda sin precipitarse sólo una publicación académica que armonizaba dos frentes. Reunía, por un lado, y al principio, jóvenes rioplatenses con radicación en Estados Unidos y concentrados en sus tesis (Alicia Borinsky o Hugo J. Verani); a la vez, simpatizaba con los sectores liberal-progresistas de América Latina entre los que reclutaba colaboradores –en especial, al comienzo, insisto, de Argentina– junto a otros que tenían posiciones más a la izquierda, sobre todo dominaban los que estaban lejos del peronismo, como Noé Jitrik, Ricardo Piglia, Jorge

Lafforgue, Elvio E. Gandolfo o los uruguayos Rama y Jorge Ruffinelli, cuando este ya se había tenido que refugiarse en México.

Era una acrobacia difícil. En 1971, mientras las izquierdas templaban sus esperanzas en Chile con Salvador Allende, mientras el nacimiento del Frente Amplio en Uruguay multiplicaba la ilusión de que se siguiera la misma ruta, mientras el acorralamiento de la dictadura de Lanusse en Argentina, no sin graves sufrimientos, puso en el horizonte cercano el regreso de un Perón al que tantos imaginaban como el conductor de la “Patria socialista”, en Cuba estalló el “caso Padilla”. Para los militantes comunes y corrientes el hecho carecía de interés. Para los escritores fue un temporal difícil de sobrellevar. Con el encarcelamiento y el posterior *mea culpa* de Heberto Padilla sobrevino la división del gran frente intelectual pro cubano y el congelamiento de toda tibieza. Se estaba con o contra la posición oficial en la isla. En París, sesenta y dos intelectuales denunciaron supuestas presiones y procedimientos estalinistas sobre el poeta arrepentido por sus críticas al gobierno. Julio Cortázar hizo lo que estuvo a su alcance para proteger lo imprescindible. Pidió información, acudió a la embajada cubana en Francia y durante semanas obtuvo sólo evasivas. Eso relata, con franca ingenuidad, en la carta a Haydée Santamaría, la presidenta de Casa de las Américas, (Cortázar [1972] 1994). Algunos no dudaron, pero en la dirección inversa. Entre ellos, Rodolfo J. Walsh, quien la emprendió desde un diario porteño contra esos firmantes a quienes calificó de *deshonestos* (Walsh [1971] 1995).

II

El grave problema habido con el poeta Heberto Padilla no pudo llegar en peor momento para Rama, a quien descolocó como a pocos. Vaciló y se impuso el duro castigo de reflexionar largo y tendido con la esperanza de que todo volviera a la calma, que la libertad en el arte –dentro de la revolución– se sobrepusiera a cualquier suspicacia, y hasta prometió escribir más sobre el asunto y, sintomáticamente, nunca lo hizo (Rama 1971). Detenerse en su ejemplo servirá para ver el conflicto y la decadencia del modelo de la revista literaria en América Latina, que ya no podía seguir si no tenía un respaldo institucional.

Tejiendo varios artículos publicados a lo largo de años, Rama está terminando su libro *La generación crítica. I. Panoramas (1939-1969)*, que se imprimirá en mayo de 1972. En la contratapa, para asombro de cualquier lector desavisado, se sitúa esta sinopsis en un desdoblado propósito político y letrado, desde “el nacimiento del semanario *Marcha* y la publicación de *El pozo* de J. C. Onetti, hasta el asalto a la ciudad de Pando y la libre creación imaginativa de hoy”. En otras palabras, el nacimiento de un proyecto de pensamiento que pone en crisis al Uruguay liberal (y a la América sojuzgada) –Quijano y *Marcha*– tienen su correlato renovador y escéptico en la *nouvelle onettiana*; el operativo guerrillero que durante unas horas del 8 de octubre de 1969 –a dos años de la muerte del Che– mantuvo en su poder a una ciudad vecina de Montevideo se corresponde con el ideal de “la imaginación al poder”. Una sentencia tajante y bastante teatral epitomiza el propósito de este libro: “los intelectuales del período han sido, en su mayoría, los sepultureros ideológicos del régimen liberal uruguayo” (Rama 1972: 21). Ese es el presente creador y todavía hay una brújula llamada revolución. El “caso Padilla” en buena medida vendrá a obstaculizar tal propósito. Era difícil desde el Uruguay examinar ese paradigma, donde quién más, quién menos había tomado partido –en todas las posibilidades del término–, y era más difícil para un libro tan uruguayo poder calibrar fortalezas o debilidades. En extensa reseña en *Marcha* Ruffinelli dirá que era obra destinada “a constituirse en el material clave, más importante e imprescindible para cualquier discusión, reflexión o análisis sobre estas últimas décadas de nuestra cultura”, porque en su lectura “del pasado cercano” se ensaya “algo más que el simple desarrollo de las

formas o los cambios temáticos: se palpa la vida misma de una sociedad, se encuentran claves y signos de sus funciones, y así la historia cumple con su función de iluminar el presente” (Ruffinelli 1972: 31). Sólo la distancia llamaba a la calma y podía escapar a las trampas de la adhesión o la repulsa. El 15 de mayo de 1973, Antonio Candido le escribió a su amigo que pocas veces había visto “una solución tan fuerte y armoniosa para el difícil problema, que es ver la sociedad desde el ángulo de la literatura y la literatura desde el ángulo de la sociedad, sin paralelismo mecánico, sino de un modo orgánico y vivo” (Candido y Rama 2016: 55). Pero eso fue dicho en una carta privada que sólo se difundió en 2016. Un lugar ajeno al fragor de los debates era la joven revista *Hispanamérica*, nacida dos meses después de que saliera de imprenta el libro de Rama donde, un redactor como Jaime Rest, asistente de Borges en la cátedra de Literatura inglesa a la vez que antiguo colaborador de *Marcha*, podía dar una opinión ponderada, en la que no puede sino tener presente el avance de

“la generación crítica” [que] se desplazó desde su inicial cosmopolitismo antifascista hacia un nacionalismo social de neto corte antimperalista, el que a su vez debe conducir –a juicio de Rama– hacia una nueva generación cuya tarea consistirá en hallar remedios heroicos para sobreponerse a la desintegración de un sistema que se esfuerza en subsistir más allá de sus propias posibilidades (Rest 1973: 136).

Para entonces la nueva generación, vanguardia estética en cuanto vanguardia política, está atrapada en un callejón. Si el modelo cubano no ofrece la libertad necesaria para el arte y para la vida dentro de la revolución, si el capitalismo periférico se desintegra, el heroísmo (los heroísmos) serán vanos. En el ese alucinante y terrible año 1973, el cono sur se sacude con experiencias de muerte y violencia que terminan en feroces dictaduras. Entre mayo y julio del 73 Rest pudo asistir, escéptico, a las ilusiones revolucionarias durante el fugaz gobierno del doctor Cárpora, pero cuando en diciembre se publique su nota el país vecino ya estará bajo el yugo de un régimen militar que ha transformado en pasado su misma exégesis de un libro que creía con desarrollos aún latentes. Tan vertiginoso era todo.

Desencantado o fatigado por un régimen extenuante de trabajo durante años, tentado por una temporada de estudio de cierto reposo que le ofrecía mejores oportunidades o por todas estas razones conjugadas, Rama dejará por el camino sus aristas más aguerridas y, aun antes de la salida de *La generación crítica* ya estaba trabajando en la Universidad de San Juan de Puerto Rico. Se había retraído del escenario de la lucha y no demorará en asumir el fracaso de su diagnóstico para buscar refugio en otros ámbitos, más adentro de la escritura académica que de la crítica militante. Nunca podrá regresar a su país, donde tuvo vedado el ingreso desde 1973. Previo paso por universidades de Venezuela y Estados Unidos –de donde fue expulsado por un pasado radical que, ahora, lo condenaba– murió diez años después del golpe de Estado, el mismo día de noviembre en que una multitudinaria manifestación se reunía en Montevideo para reclamar la vuelta de la democracia. Nunca antes la historicidad de los objetos simbólicos estuvo sujeta a tantos contratiempos. *La generación crítica* se pensó como panorama y prospección en un punto de corte en que el pasado y el presente parecían tomarse de la mano para explicar, sin fisuras, lo porvenir. Un año y poco después, cuando empezó a circular el libro debió replegarse amenazado por la censura dictatorial que, a prepo, lo hizo entrar en un oscuro museo. Nunca más se reeditó.

III

Mientras en el sur de América la liberación se vuelve quimera o pesadilla, dentro de Cuba crece la idea de hacer una literatura que propicie el “hombre nuevo” (Gilman 2003). Antes de que todo se transforme en el peor cataclismo, cuando un último espacio queda para el debate

interno, Cortázar, quien en 1967 había declarado que debía su (re)conocimiento latinoamericano “por Cuba y desde Cuba” (Cortázar [1963] (1994): 32), luego del caso Padilla empieza a ser incomodado por su condición de escritor argentino largamente residente en París. Que esa crítica provenga de David Viñas no era nada anormal, pero que Cortázar la conozca a través de una revista editada bajo el sello de una Universidad de los Estados Unidos era cosa que no se podía imaginar poco atrás (Szichman 1972).² El nombre del criticado estaba, nada menos, que en el propio título del volumen al que responde por esas declaraciones: *De Sarmiento a Cortázar*.

Imprevistamente, si se lo piensa desde el entramado de revistas de los años anteriores, *Hispanamérica* gracias a esa situación anfibia (entre los círculos progresistas de Buenos Aires y la neutralidad posible de una Universidad norteamericana) entra a tallar en una discusión fuerte sobre un tema capital entre dos escritores latinoamericanos, la cuestión del arraigo en la trinchera latinoamericana y la de vivir en Europa cobijado por editoriales de prestigio y otras comodidades. O sea: en el cruce de caminos entre el sentido último de la escritura y su razón de estar en el mundo. Quedaría tiempo para el disenso y para seguir creyendo en que una revista podía ser leída para seguir el latido de la literatura del presente. *Hispanamérica* no claudicó y se mantuvo fiel a su origen. Siguió, empeñada, apostando durante décadas a la creación y al ensayo sobre la creación (que también puede serlo), aunque esta última tendió envararse cada vez más, a situarse más cerca de la disciplina que del disfrute.

El borde de los años sesenta y setenta todavía asignaba a las revistas el sitio de la discusión y, a pesar de que la literatura –en el sentido más convencional– empezaba a ralear en ellas, era difícil imaginarlas para una lectura de verano. Sin participación activa no había revista que pasara ninguna aduana. Las instituciones académicas nacionales, cierto que debilitadas por avaros presupuestos durante mucho tiempo, se mantenían a prudente distancia del presente. Fuera de cualquier circunstancia concreta ese es, después de todo, el mandato y la tradición universitaria: ocuparse de lo ya juzgado por el calor de la hora y volverlo a ver con más cuidado y pausa. Casos hubo, como la *Revista de Literatura Iberoamericana*, en cuya segunda etapa dirigida por Ángel Rama cuando era director del Departamento en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, que intentaron aproximarse a los debates vivos y candentes, como también lo intentaron con los propios cursos que dictaban. Así, por ejemplo, en 1969 Rama dictó el que tal vez sea el primer seminario sobre *Cien años de soledad* en cualquier parte, a poco más de un año de la publicación de la novela. Pero la publicación universitaria uruguaya no sobrevivió más allá de su segundo número, y apenas sacó uno en 1966 y otro en 1970. El ejemplo sirve de contraste con *Hispanamérica*. Otras, y mejores, eran las fuentes de financiamiento de esta última, amparada en el sistema de mecenazgo corriente en Estados Unidos (del que hace especial mención, persona por persona, desde la primera entrega); era muy diferente la participación en los debates de la una y la otra, porque más allá de que *Hispanamérica* se imprimiera y distribuyera también en Buenos Aires –y por un pasaje de manos, en la vecina capital de la otra orilla hasta el comienzo de la dictadura–, más débil era el circuito de diálogo que hace funcionar creación, crítica y lectura activa de aquellos que participan directa o indirectamente en el proceso cotidiano de una literatura. Aun así, cuando el autoritarismo se adueñó de todo el cono sur, cuando los críticos de periódicos se reconvirtieron en gran parte profesores universitarios en el exilio, las universidades de los Estados Unidos incrementaron un interés que era débil por lo latinoamericano y pasaron, por abundancia de presencia de quienes provenían de esas

² Que un autor no pueda conocer un libro cuando su propio nombre está en el título, porque los libros demoraban o circulaban con dificultades graves, en la era electrónica parece un caso de mala ciencia ficción *retro*. Sobre todo porque se despierta una polémica a través de la versión del autor en una entrevista.

latitudes, a ocuparse sobre todo de aquel momento que fue el gran desafío de los orígenes para tantos. Los años sesenta y los inicios de la siguiente década aparecieron como momentos augurales de una cultura, en el que sus protagonistas, ahora desde otra tribuna, sintieron que una literatura y, con ella, su existencia tenía su mejor hora.

De ese tránsito de vida vivida a vida observada como historia *Hispanamérica* fue testigo y, a su modo, partícipe. El modelo que se mantuvo hasta ahora y a lo largo de más de cuatro décadas, el que combina creación y crítica, se tornó imprescindible archivo de la escritura latinoamericana.

Obras citadas

- Badenes, D. “Notas para una historia de las revistas político-culturales”. En Badenes, D., *Editar sin patrón. La experiencia política-profesional de las revistas culturales independientes*. La Plata: Club Hem Editores, 2017, 149-215.
- Candido, A. y Rama, Á. *Un proyecto latinoamericano* (Correspondencia de Ángel Rama y Antonio Candido con un anexo con la correspondencia de Gilda de Mello e Souza a Rama y textos inéditos de Candido). Edición, prólogo y notas de Pablo Rocca. Montevideo: Hum/ Estuario, 2016.
- Collazos, Ó., Cortázar, J. y Vargas Llosa, M. *Literatura en la revolución. Revolución en la literatura*. [1969]. México: Siglo XXI editores, 1970.
- Cortázar, J. “Carta a Haydée Santamaría”. En Cortázar, J., *Obra crítica/3*. [1972]. Edición de Saúl Sosnowski. Madrid: Alfaguara, 1994, 47-54.
- _____ “Carta a Roberto Fernández Retamar (Sobre «Situación del intelectual latinoamericano»”.) En Cortázar, J., *Obra crítica/3*. [1967]. Edición de Saúl Sosnowski. Madrid: Alfaguara, 1994, 29-43.
- _____ “Carta a Saúl Sosnowski (A propósito de una entrevista a David Viñas)”. En Cortázar, J., *Obra crítica/3*. Edición de Saúl Sosnowski. Madrid: Alfaguara, 1994, 55-61.
- Gilman, C. *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI editores, 2003.
- Mudrovcic, M. *Mundo Nuevo. Cultura y guerra fría en la década del 60*. Prólogo de Elvio E. Gandolfo. Rosario: Beatriz Viterbo, 1997.
- Prislei, L. *Polémicas intelectuales, debates políticos. Las revistas culturales en el siglo XX*. Buenos Aires: Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 2015.
- Rama, Á. “Nuestra América”. *Marcha*, 1090, 1961: 1.
- _____ “Cuba: cultura y revolución (II): La difusión de la cultura”. *Marcha*, 1098, 1962: 31.
- _____ “Una nueva política cultural en Cuba”. En AA.VV., “Cuba. Nueva política cultural. El caso Padilla”. *Cuadernos de Marcha*, 49, 1971: 47-68.
- _____ *La generación crítica. I. Panoramas (1939-1969)*. Montevideo: Arca, 1972.
- Real de Azúa, C. *Tercera posición, nacionalismo revolucionario y tercer mundo*. Prólogo de Ágapo Palomeque. Estudio preliminar y presentación de Ruben Cotelo. Montevideo: Cámara de Representantes, 1996-1997.
- Rest, J. “La generación crítica. Panoramas, 1939-1969, de Ángel Rama”. *Hispanamérica*, 4, 1973: 136.
- Rodríguez Monegal, E. “Los treinta años de Sur”. *El País*, 3 de enero: 12. [1961]. En Rocca, P. (ed.), *Revistas culturales del Río de la Plata (Diálogos y tensiones, 1945-1960)*. Montevideo: Universidad de la República/ CSIC, 2012.

- Ruffinelli, J. “Los avatares de una cultura”. *Marcha*, 1601, 1972: 31.
- Sonderéguer, M. (pres. y selec.). *Revista Crisis (1973-1976). Antología*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes Editorial, 2008.
- Sosnowski, S. “Presentación de Hispamérica”. *Hispamérica*, 1, 1972: 3.
- _____ “El lugar de Hispamérica: letras, ciudad y migración”. En Sosnowski, S. (ed.), *La cultura de un siglo. América latina en sus revistas*, Madrid: Alianza, 1999, 11-16.
- Szichman, M. “David Viñas”. Entrevista. *Hispamérica*, 1, 1972: 61-67.
- Walsh, R. J. “Ofuscaciones, equívocos y fantasías en el mal llamado caso Padilla. La opinión de un escritor argentino”. En Walsh, R. J., *El violento oficio de escribir. Obra periodística 1953-1977*. Edición a cargo de Daniel Link. Prólogo de Rogelio García Lupo. Buenos Aires: Planeta, 1995, 369-371. [Originalmente en *La Opinión*, 26 de mayo de 1971].